

LA REVOLUCIÓN LIBERAL EN ITALIA*

MURRAY N. ROTHBARD

Hay esperanza para Estados Unidos. A pesar de nuestra política cada vez más socialista, y de nuestra cultura rápidamente degenerada y enloquecida, hay esperanza. La primera señal maravillosa de esperanza fue, por supuesto, el colapso total del comunismo en la Unión Soviética y Europa del Este. Obviamente, no todos los problemas se resolvieron con este colapso, pero aún así, ¿quién podría haber creído que el comunismo totalitario, aparentemente todopoderoso, dirigido por un régimen unipartidista y respaldado por una enorme y despiadada policía secreta, no necesitaría ni una revolución sangrienta ni una larga y agotadora marcha por las instituciones para derribarlo?

En lugar de ello, se derrumbó, de repente, como un castillo de naipes, como el proverbial shay de un solo palo. Después de seis décadas en el poder, ¡bam! Los que sabíamos que el socialismo no podía funcionar, que no podía hacer frente a sus graves problemas económicos, sabíamos en consecuencia que la desesperación de la mayoría de los conservadores sobre el comunismo estaba equivocada: que un día se derrumbaría. Pero nadie podía predecir con qué rapidez se haría añicos todo el edificio. Y si puede ocurrir allí, bajo el monstruoso comunismo, ¿por qué no aquí? ¿Por qué no podría derrumbarse también aquí el sistema estatista?

Bueno, uno de los problemas era la aparente permanencia y realismo de las estructuras democráticas. La respuesta a este optimismo

* En la primavera de 1994, la coalición electoral liderada por Silvio Berlusconi ganó las elecciones en Italia y trastocó la política del *Bel Paese*. Murray Newton Rothbard (1926-1995), el principal pensador libertario, ofreció en este artículo una lectura única e interesante de esa nueva situación política. El artículo apareció unos meses antes de morir en el informe *Rothbard-Rockwell* (Volumen V, número 7, julio de 1994, p. 1-11) y desde entonces cayó en el olvido. Fue redescubierto por Bernardo Ferrero y publicado recientemente como Murray N. Rothbard, *Revolution in Italy!* (1994), a cura di Bernardo Ferrero, in «StoriaLibera. Rivista di scienze storiche e sociali», anno 5 (2019), n. 10, p. 130-150. Aparece ahora por primera vez en español con la traducción de Bernardo Ferrero, como Documento 4 del presente número de la revista.

fue la siguiente: «Bueno, está bien, el comunismo se derrumbó porque tenía un frágil sistema de partido único que era vulnerable en su núcleo. Pero recuerden, ninguna «revolución»: (que puede significar tanto un derrocamiento armado como un desmoronamiento radical) ha ocurrido nunca en una «democracia». Nunca se ha producido un derrumbe radical donde hay elecciones libres, un mínimo de libertad de expresión y un sistema bipartidista o multipartidista». Esta defensa, nos guste o no, de la estabilidad de la democracia representa un argumento persuasivo. Incluso para los que éramos críticos con las pretensiones de la democracia, parecía que una capacidad limitada de opinar, más la elección severamente restringida de dos o más partidos similares, proporcionaba suficiente salida a las frustraciones para mantener el sistema en marcha y canalizar las críticas públicas en cambios inofensivos y marginales en el partido gobernante. Como decía el crítico de izquierdas de las formas democráticas (o lo que podría llamarse «plutocracia»), Herbert Marcuse, el sistema, al permitirnos un bariz de libertad de expresión y de elección, nos encerraba en un sistema estatista cautivo por un método de «tolerancia represiva».

Pero entonces, el invierno pasado, algo sucedió. Por primera vez, un partido político importante, de hecho gobernante, en una democracia en funcionamiento, simplemente se plegó, se derrumbó, ¡bam! Hablo, por supuesto, de nuestro vecino del norte, Canadá. La noche de las elecciones canadienses llamé a un amigo mío para preguntarle por los resultados. «¿Sabes», me dijo, «que el partido [gobernante] Conservador Progresista tenía un margen de [algo así como] ciento cincuenta escaños en el Parlamento?». «Sí». «Pues bien», continuó, «los Conservadores Progresistas se han quedado en dos escaños». «¡Vaya!», le contesté, «¡es un auténtico batacazo! De un margen de ciento cincuenta escaños a un margen de sólo dos escaños!». «No», me cortó bruscamente, «no un margen de dos escaños, ¡dos escaños y punto!».

¡Así de simple! ¡Acabado! Los Conservadores Progresistas, liderados por la glamurosa mujer Kim Campbell como Primera Ministra, fueron aniquilados, con la señora Campbell perdiendo su escaño.

La política canadiense había sido tan aburrida y desesperante como la nuestra. Tres partidos principales: los liberales, equivalentes

a los clintonianos de izquierda en Estados Unidos; los conservadores progresistas, equivalentes a los clintonianos de centro; y los nuevos demócratas, franca y abiertamente socialistas. ¡Qué elección! O más bien, para recordar el viejo eslogan de Barry Goldwater, ¡qué serie de ecos! Pero mientras los liberales, por supuesto, asumieron el poder en estas últimas elecciones, el colapso de los Conservadores Progresistas se vio acompañado por el ascenso de dos nuevos partidos: el Bloc Québécois, que aboga por el separatismo y la independencia del Quebec francófono, y el flamante Partido de la Reforma, con sede en el oeste de Canadá, y que sólo tiene un escaño menos en el Parlamento que los quebequenses. El Partido de la Reforma es una gran noticia. La mejor manera de describirlo es como un Partido *Paleo*: a favor de los recortes drásticos de impuestos y gastos públicos, de la privatización, y de sacar el Estado del bienestar del Este de las espaldas del próspero Oeste, populista y pro-mercado. Adicionalmente, están a favor de la restricción de la inmigración contra una horda de clientes del bienestar que inevitablemente destrozaría la cultura canadiense de habla inglesa.

El Partido Reformista, en resumen, es Nuestro Partido en Canadá, que se ha convertido en una poderosa oposición al gobierno liberal. Entre los reformistas y los quebequenses, la lúgubre tiranía colectivista e inflacionista del bienestar de Ottawa podría romperse en sus partes constituyentes, y tanto la libertad como el separatismo podrían reinar en el viejo reino canadiense. Y tal vez «Canadá», al menos tal como lo conocemos, podría seguir el camino de «Yugoslavia» y la «Unión Soviética»: hacia el basurero de la historia.

Canadá fue la primera señal de que incluso una política democrática puede desmoronarse rápidamente. Pero aún más emocionante es la reciente elección del 27-28 de marzo en Italia. Porque, incluso más a fondo que en Canadá, donde el viejo y malvado Partido Liberal sigue en el poder, todo el sistema político italiano, el sistema de gobierno democristiano prácticamente unipartidista que fue elaborado y fijado en el sistema político italiano en 1948, esta tiranía viciosa y corrupta de la partidocracia centrista y estatista (partidocracia) se ha desmoronado y se ha convertido en cenizas. La aparentemente todopoderosa Democracia Cristiana, que gobernó durante medio siglo, simplemente ya no existe. Incluso

sus partidos sucesores rebautizados (el Partido Popular Italiano y el más pequeño Pacto por Italia) están prácticamente desaparecidos.

Lo que la desgarró fue la corrupción, una corrupción masiva y descomunal, que implicaba a todos los niveles del gobierno, de arriba a abajo. Italia se había convertido, en el lenguaje común, en una verdadera *Tangentopoli* (Ciudad de los Sobornos). El chantaje y los sobornos a los partidos y a los dirigentes políticos eran endémicos.

Durante décadas, todos los italianos sabían que esto ocurría, y se encogían de hombros cínicamente. Pero entonces, en los últimos dos años, lo que todos los italianos sabían en el fondo de su corazón se hizo demasiado evidente. Los grandes líderes políticos, los alcaldes, los jueces, fueron enviados a la cárcel de forma masiva. Y de repente, como si la opinión pública hubiera llegado a su punto de inflexión y simplemente se hubiera hartado, todo se hizo añicos, y la monstruosa Democracia Cristiana, junto con su domesticado Partido Socialista, simplemente desapareció. La opinión pública italiana se hartó y, de forma pacífica pero contundente, echó a esos sinvergüenzas. La Democracia Cristiana y los Socialistas estaban tan rotos que se desvanecieron sin siquiera atreverse a enfrentarse a los votantes con su nombre y forma originales.

En 1948, cuando parecía que los comunistas iban a ganar las elecciones italianas, la CIA y los EE.UU. invirtieron millones en dólares y propaganda para detener a los comunistas e instalar a los demócratas cristianos. El Partido Comunista se había subido a las espaldas del aplastamiento de las fuerzas fascistas italianas por parte de EE.UU. y de los Aliados, y los comunistas adquirieron el glamour de sus supuestas (en su mayoría falsas) actividades partisanas o de guerrilla contra el gobierno fascista y la posterior fuerza de ocupación alemana.

Con el centro derrumbándose y la derecha aparentemente inexistente, todo el mundo creía que los comunistas, reformados y rebautizados como un Partido de la Izquierda, llegarían al poder en las elecciones italianas de finales de marzo. Debido al cambio de la representación proporcional a los distritos con un único ganador, los «ex» comunistas se enfrentaron a los votantes como líderes de una Alianza Progresista, que incluía un pequeño Partido Comunista de línea dura llamado *Rifondazione Comunista*, «Comunistas Refundados». Parecía que, casi medio siglo después de que los comunistas

fueran rechazados en el paso, ahora, convenientemente limpiados, abotonados y rebautizados, llegarían finalmente al poder en Italia.

La «Alianza por la Libertad» de la derecha

Sin embargo, justo cuando la izquierda se preparaba para llegar al poder, el destino intervino para salvar el día. El dinámico multimillonario de los medios de comunicación, Silvio Berlusconi, estaba decidido a impedir que los «ex» comunistas llegaran al poder en Italia. Berlusconi ha sido llamado inapropiadamente el «Perot italiano»; en su propiedad de tres redes de televisión y editoriales, está más cerca de Rupert Murdoch. La gran diferencia es que él es un dedicado partidario del libre mercado, con muchos más principios que Murdoch, más coherente que Perot. En una notable hazaña desplegada en el último momento, Berlusconi partió de cero, creando un nuevo partido político, *Forza Italia* (Vamos, Italia) en enero de este año, arrasando en las elecciones de marzo sólo dos meses después.

¿Cómo lo hizo Berlusconi? Con dinero, por supuesto, con un uso audaz de sus redes de televisión y su imperio mediático, y con jóvenes y brillantes expertos en marketing y gestión de su conglomerado *Fininvest*. Su director de campaña y organizador del partido, Roberto Lasagna, fue el director italiano de la famosa agencia de publicidad *Saatchi & Saatchi*, y el nombre de su partido es un cántico popular italiano en los partidos de fútbol. (El propio Berlusconi es propietario del *Milan A.C.*, uno de los mejores equipos de fútbol de Europa).

Forza Italia no podría haber ganado las elecciones italianas en solitario; en su lugar, Berlusconi reunió astutamente una coalición tripartita de la derecha, la Alianza por la Libertad. Hay muchas tensiones y presiones dentro de esta alianza, como las habría en cualquier coalición de derechas, y durante un tiempo pareció que la Alianza se desmoronaría antes de poder disfrutar de su aplastante mayoría en las elecciones de marzo. Pero, afortunadamente, la Alianza se mantuvo unida, y Berlusconi será el primer Primer Ministro de lo que es la «Segunda República» italiana. En resumen, los otros miembros de la Alianza son la *Lega Nord*, el partido de la autonomía o secesión del norte de Italia, y la Alianza Nacional, los

llamados «neofascistas», que son débiles en el norte y fuertes en las regiones del sur y el centro de Italia. *Forza Italia*, por su parte, es un partido más nacional que los demás. Los tres partidos se complementan regionalmente. Ideológicamente, como veremos más adelante, los partidos se complementan y entran en conflicto en muchos temas.

Pero hay una cosa de la que podemos estar seguros: la Alianza por la Libertad tiene una mentalidad dura y un espíritu de lucha. Desafiando la corrupta costumbre italiana de dejar a la «oposición leal» los dos puestos legislativos más importantes, el de Presidente de la Cámara de Diputados y el de Presidente del Senado, la victoriosa Alianza por la Libertad utilizó su fuerza política para hacer pasar a sus propios candidatos a estos dos puestos, ante los angustiosos chillidos de la izquierda decepcionada.

El gurú económico de Berlusconi

En los planes de Berlusconi juega un papel central su principal gurú económico y asesor cercano desde hace tiempo, el profesor Antonio Martino, que se ha convertido en ministro de Asuntos Exteriores de la nueva Italia. Martino, que tiene unos cincuenta años, es un miembro destacado del grupo económico internacional de libre mercado, la *Mont Pelerin Society*. Aunque fue alumno de Milton Friedman en la Universidad de Chicago y antiguo miembro de la *Heritage Foundation*, Martino es mucho más amigable hacia la minoría austrolibertaria dentro de la *Mont Pelerin* que la mayoría de los demás miembros de la élite de poder moderada y liberal encabezada por Friedman y Feulner. (El ala austrolibertaria de la *Mont Pelerin* está centrada en España y América Latina).

Martino quiere ir lejos y rápido para rescatar a Italia de su condición de Estado de bienestar inflacionista. Quiere, en primer lugar, reducir drásticamente los impuestos. En su plan, los tipos marginales del impuesto sobre la renta se reducirán radicalmente, en los tramos superiores, y el número de tramos del impuesto sobre la renta se reducirá de siete a uno. Se eliminarán los impuestos a los pobres mediante un gran aumento de las deducciones

personales. El establecimiento de un dinero duro y del equilibrio presupuestario para recortar la inflación también dejarían de erosionar los ahorros de los pobres, y la abolición de los tramos pondría fin a la cruel práctica de inflar a la gente en tramos fiscales más altos mientras los tipos aparentemente siguen siendo los mismos. Martino espera, a la manera de los *supply-siders*, inducir a más gente a pagar impuestos bajando los tipos impositivos (los italianos son famosos por su sistemática evasión fiscal), con lo que aumentaría o al menos mantendría la recaudación total. Aunque las maniobras estilo *supply-side* no suelen funcionar, en un país con una fiscalidad tan elevada como Italia, es posible que tenga éxito. En cualquier caso, los productores italianos y la economía saldrán enormemente beneficiados.

Además, Martino quiere derribar toda la compleja y horrenda estructura fiscal, reduciendo el número de impuestos italianos de dos cientos a diez. El gasto público, que no deja de aumentar, será frenado mediante una privatización masiva, incluyendo las escuelas y el seguro de salud nacional. Además, *Forza Italia* está decidida a recortar la gigantesca burocracia parasitaria que ha estado estrangulando la vida económica y social en Italia. En Italia no se puede echar a los bribones, ni siquiera en los niveles más altos, como ocurre en Estados Unidos; una vez que alguien consigue un puesto de trabajo burocrático, no importa lo alto que sea, está instalado de por vida. El objetivo de *Forza Italia* es reducir el poder de permanencia de la burocracia disminuyendo el número de puestos de trabajo vitalicios, y sometiendo al poder ejecutivo a una buena dosis de lo que a menudo se ha ridiculizado como «el sistema de botín», pero que en realidad significa permitir que los votantes echen a los burócratas que no les gustan (El «sistema de botín» —es decir, la verdadera democracia en el gobierno— fue instalado por los demócratas jacksonianos en EE.UU., y continuó hasta que los reformistas de la administración pública empezaron a invadir el proceso de expulsión de los burócratas en la década de 1880).

La Liga Norte quiere tres regiones separadas y autónomas (si no secesionistas) en Italia: el Norte, el Centro y el Sur, más otras regiones periféricas como el Valle de Aosta y el Alto Adigio. La idea es que cada región tribute y gaste sólo en su zona. De este modo, para

la *Lega Nord*, se acabará la sangría del parasitario Estado del bienestar del Sur sobre el productivo y próspero Norte, así como el «imperialismo» de la enorme burocracia del Centro, con sede en Roma. Por desgracia, y ésta es una de las tensiones dentro de la Alianza por la Libertad, Berlusconi y Martino piensan como centralistas; quieren la autonomía fiscal y administrativa regional no porque piensen en términos de varias naciones, sino simplemente por la eficiencia y el localismo que aporta la descentralización. *Forza Italia*, en consecuencia, planea veinticinco/cincuenta regiones fiscalmente autónomas dentro de una nación italiana, mientras que la Liga Norte quiere la autonomía regional porque sabe que Italia no es y nunca podrá ser una nación, sino sólo tres o más naciones separadas y distintas, que difieren cultural, lingüística y étnicamente.

Esta desafortunada ceguera ante los nacionalismos separados subraya uno de los principales problemas del liberalismo clásico del siglo XIX. A los libertarios modernos les gusta llamarse «liberales clásicos», herederos del liberalismo de libre mercado del siglo XIX. Este homenaje es generalmente cierto, pero aplicado al liberalismo en Europa, especialmente en los países católicos de Europa, pasa por alto dos importantes y graves errores del liberalismo clásico: (1) su oposición al cristianismo en general, y a la Iglesia Católica en particular; y (2) su centralismo prepotente, en nombre de la «eficiencia», con su voluntad de pisotear los derechos y libertades de regiones y «naciones» separadas y particulares. En resumen, en varios aspectos cruciales, los liberales clásicos no eran lo suficientemente «paleo», y estaban empantanados en las primeras etapas del izquierdismo cultural. Así, los organizadores de una Italia unificada en el siglo XIX fueron liberales clásicos como Camillo Benso, conde de Cavour, que estaban cegados por el anticatolicismo y por una desestimación centralizadora de las muchas naciones dentro de la rúbrica general «italiana».

Los Paleos Heroicos: la *Lega Nord*

Estas deficiencias del liberalismo clásico centralizador no desfiguran mi favorito personal entre los tres miembros de la Alianza por

la Libertad: la *Lega Nord*, que surgió del movimiento de la «Liga», de notable crecimiento, en el norte de Italia. La Liga comenzó en Lombardía, como Liga Lombarda, la proclamada heredera del movimiento autónomo lombardo del siglo XII. Pronto, el concepto de Liga se extendió a otras regiones del norte, ahorradoras, emprendedoras y prósperas, para luego amalgamarse en la *Lega Nord*. El líder dinámico de la Liga Norte es el senador Umberto Bossi y el principal teórico es el profesor Gianfranco Miglio. La Liga del Norte es separatista, critica duramente a los parásitos del bienestar del sur y al centralismo romano, es incondicionalmente librecambista en economía (sus líderes han leído y admiran a Ludwig von Mises), es incondicionalmente burguesa en su composición social y está a favor de las restricciones a la inmigración contra los gorrones del bienestar del sur y de otros lugares. El candidato de Bossi a primer ministro durante la pugna postelectoral dentro de la alianza es su amigo, el abogado Roberto Maroni, a quien se le ha concedido el crucial puesto de ministro del Interior.

La Liga Norte tuvo un gran éxito en el norte, pero es comprensible que sea débil electoralmente en otras regiones, aunque intente promover Ligas similares en otras regiones de Italia. Su mayor debilidad, aparte de los límites regionales, ha sido su inestable relación con la Iglesia católica; Bossi, por ejemplo, como muchos varones italianos, es católico ocasional y posiblemente en el futuro. Casado y divorciado, no es católico comulgante. Sin embargo, en un brillante golpe maestro político, Bossi encontró y elevó a un alto cargo en el partido a la brillante y decidida joven activista católica, Irene Pivetti, que representa la apertura de la Liga a la Iglesia.

Irene Pivetti es magnífica, el tipo de líder femenino de los Paleos. Con sólo treinta y un años, la Sra. Pivetti se graduó con honores en la Università Sacro Cuore, y trabajó como periodista ardiente y dura para el grupo activista católico Acli.¹

Después de que escribiera un amargo artículo denunciando a los críticos de la Liga Norte, Bossi la encontró y la elevó a portavoz del partido en asuntos católicos. Y ahora, después de que Maroni rechazara el puesto, la Alianza por la Libertad ha nombrado a

¹ **Nota del editor:** Acli es acrónimo de *Associazioni Cristiane dei Lavoratori Italiani* (Asociaciones cristianas de trabajadores italianos).

Irene Pivetti Presidenta de la Cámara de Diputados, una de las más jóvenes en ocupar ese puesto en la historia de Italia.

Cuando apenas había alcanzado la Sra. Pivetti su alto cargo, los medios de comunicación estadounidenses y otros occidentales comenzaron a atacarla como... «¡antisemita!» ¿No es sorprendente que, al discutir la escena política de cualquier país de Europa, o de hecho de todo el mundo, el único tema que parece ejercitar los medios de comunicación estadounidenses y occidentales es la «cuestión judía», incluso en un país que contiene muy pocos judíos, y donde los judíos no son un problema. ¿Por qué cree que es así?

Resulta que hay dos fundamentos para esta absurda calumnia, que la Sra. Pivetti ha denunciado como «tonta». Uno es que la Sra. Pivetti es una católica tradicional (es decir, genuina), descrita por el tonto reportero del «New York Times» como una «fundamentalista católica» (No existe tal cosa. Los «fundamentalistas» son protestantes dispensacionistas premileniales. Punto. Lo que quiere decir es: católica auténtica). Como es una auténtica católica, la Sra. Pivetti, con su típico candor, denunció el acto herético del Papa Juan Pablo II al aclamar al judaísmo como «hermano mayor» del cristianismo, y elevar al Gran Rabino de Italia a un estatus tan exaltado como él mismo. La Sra. Pivetti declaró que «no puede considerar a una religión falsa como nuestro 'hermano mayor'».

En la versión mediática occidental de Alicia en el País de las Maravillas, por supuesto, cualquier cristiano que considere falsas todas las demás religiones (es decir, todos los auténticos cristianos) es denunciado *ipso facto* como «antisemita». En resumen, la versión de los medios de comunicación/secularistas de un «buen cristiano» (es decir, un no antisemita) es un cristiano que considera su religión como una más entre un gran número de iguales en una espantosa bolsa espiritual igualitaria y «no discriminatoria», ninguna mejor o más verdadera que otra. Después de todo, los «sentimientos» de alguien podrían ser heridos de otra manera. (Oye, ¿dónde está La Inquisición ahora que la necesitamos?)

La segunda prueba espuria del «antisemitismo» de Irene Pivetti es su elogio de la política de Mussolini sobre las mujeres, es decir, su antifeminismo, y su creencia de que el lugar de las mujeres era como madres en el hogar. Como dijo la Sra. Pivetti, aunque no es pro-fascista, puede «ver todas las cosas buenas que el

fascismo hizo por Italia». En particular, añadió, «Mussolini tuvo la política más avanzada hacia las mujeres», es decir, el antifeminismo. ¿Qué tiene que ver todo esto con el «antisemitismo»? Véase más abajo.

Irene Pivetti está llamada a ser una superestrella de la política italiana. Cuando se presentó a su primera candidatura al Parlamento en 1992, lo hizo bajo el lema «Tu espíritu para Dios, tu voto para la Liga». Ahora la llaman la *Papessa*, y sus amigos la consideran la Juana de Arco de la *Lega Nord*.

Los «Neo-fascistas»

El tercer componente de la Alianza por la Libertad, y por supuesto el más temido por los medios de comunicación occidentales, es la Alianza Nacional, un partido «neofascista» rebautizado y reconstituido que, hasta que su actual líder Gianfranco Fini lo asumió en 1991, fue conocido durante cuatro décadas como Movimiento Social Italiano. El joven y dinámico Fini cambió su nombre y modificó su ideología «neofascista», transformando su nostálgica devoción al Estado corporativo fascista en una especie de partido moderado de libre mercado, fuerte en el centro y el sur de Italia.

Cada vez que se pronuncia la palabra «neofascista», o se concede una devoción nostálgica al fundador fascista Mussolini, los medios de comunicación occidentales, una vez más, sólo saben y gritan una cosa: «antisemitismo». ¿Qué otra cosa es o fue el «fascismo»? ¿Quién lo sabe? ¿A quién le importa? En realidad, los fascistas nunca fueron antisemitas; de hecho, siempre hubo muchos judíos en lo alto del partido fascista. De hecho, el antisemitismo nunca fue un factor en el periodo italiano. Sólo con la proximidad y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, los nazis alemanes pudieron empujar a los italianos, con gran reticencia, a una política antijudía. Como escribió el eminente historiador Roland N. Stromberg en una carta al *New York Times*, protestando por la habitual tontería de que Mussolini era «antisemita, responsable de la deportación de miles de judíos italianos a los campos de exterminio nazis»: «El gobierno italiano no entregó ni un solo judío a los alemanes a pesar de las grandes presiones, y el 85% de los judíos

italianos sobrevivieron a pesar de que los nazis tomaron el control del norte de Italia en 1943» (*New York Times*, 13 de abril).

Entonces, si el antisemitismo no estaba en el programa, ¿de qué se trataba el «fascismo»? ¿Cuál era su programa? Lo primero que tenemos que hacer es deshacernos de la muy exitosa propaganda de la *Comintern*, adoptada en el periodo del Frente Popular de finales de los años Treinta y abrazada desde entonces por la socialdemocracia menchevique, según la cual todos los partidos de derecha en Europa, desde los nazis hasta los rexistas y los horthyistas húngaros, eran simplemente ramas del «fascismo» internacional, de modo que los nazis eran simplemente «fascistas alemanes». Por lo tanto, una batalla contra Hitler o contra Japón en la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en una cruzada contra el «fascismo internacional», con los nobles cruzados «antifascistas», por supuesto, incluyendo a bolcheviques y mencheviques por igual. Y ahora que el bolchevismo se ha desmoronado, a nuestros neocon/Con Oficiales/socialdemócratas nada les gustaría más que revivir la «coalición antifascista».

En realidad, el fascismo en Italia, y la derecha europea en general, no puede entenderse sino como una vigorosa reacción contra las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Esa guerra monstruosa y destructiva desacreditó el sistema europeo —el Estatismo y el Imperialismo— que dio lugar a ese cataclismo. Pero, aprovechando el caos y la hambruna de la posguerra, la izquierda comunista, socialdemócrata y anarcosindicalista, se aprovechó de estas condiciones, culpando al «capitalismo» de la guerra, y llamando a su derrocamiento revolucionario mediante estas diversas formas de comunismo e igualitarismo nihilista. Durante un tiempo, después de la guerra, todo estaba en juego, y parecía que Alemania, los países bálticos, Hungría e Italia sucumbirían a esta destructiva revolución de la izquierda. La derecha en cada país europeo creció como una reacción militante contra la izquierda revolucionaria; fue un intento, en gran medida exitoso, de defender y conservar las instituciones existentes: la familia, la Iglesia, la nación y la propiedad privada, frente a la ola de destruccinismo revolucionario.

Todos estos movimientos de la derecha dura eran defensas conservadoras y contrarrevolucionarias contra la izquierda enloquecida. En Italia, la izquierda significaba comunistas, así como huelgas

generales promovidas por el anarcosindicalismo. El movimiento fascista militante consiguió salvar a Italia de dos males monstruosos: el comunismo revolucionario y el anarcosindicalismo revolucionario. Esta preservación y defensa fue su gran logro.

¿Fue el fascismo perfecto? Evidentemente no. En realidad, en sus primeros años, bajo la égida del ministro de economía de Mussolini favorable al libre mercado, Alberto de' Stefano², los fascistas lograron recortar el presupuesto, reducir los impuestos y privatizar gran parte de la industria estatal. Desgraciadamente, a mediados de la década de 1920, el ala nacional-sindicalista del fascismo triunfó, de' Stefano fue expulsado y el fascismo italiano se embarcó en una desafortunada carrera de Estatismo económico, inventando prácticamente el «Estado corporativo», que pronto llegó a Estados Unidos en forma del *New Deal* de Roosevelt. El Estado corporativo (*Stato corporativo*) nació en todas las principales naciones beligerantes en el Colectivismo de Guerra de la Primera Guerra Mundial. La idea era que el Gran Gobierno organizara la industria en una serie de cárteles, con la industria dirigida por delegaciones tripartitas de las asociaciones comerciales de las Grandes Empresas, los Grandes Sindicatos (los «Sindicatos Nacionales») y los funcionarios públicos del Gran Gobierno. Las burocracias tripartitas fijarían entonces los precios, los salarios y la producción de cada industria, arbitrarían los conflictos laborales, proporcionarían un Estado de bienestar para las masas, etc. No es de extrañar que en el *Brain Trust* de los primeros días del New Deal de Franklin Roosevelt, los Brain Trusters estuvieran muy influenciados por los escritos recién traducidos del teórico fascista italiano Giovanni Gentile.

Si todo esto le suena familiar, debería serlo: porque ésta es la política económica del New Deal y de Estados Unidos desde entonces.

Además, la política exterior fascista también era afín al moderno imperialismo wilsoniano-rooseveltiano-neocon. Adorador del Estado central romano, Mussolini deseaba recuperar los buenos tiempos del Imperio Romano y, por tanto, endosó a Italia una versión tonta del imperialismo, conquistando con éxito el Estado esclavista de Etiopía, y recibiendo el infierno por esta hazaña de

² **Nota del editor:** El nombre del economista veronese al que se refiere Rothbard es Alberto de' Stefani y no Alberto de' Stefano.

los cruzados del New Deal por la Democracia Global y la «seguridad colectiva contra la agresión».

Así, lo bueno del fascismo fue que salvó a Italia de los terribles estragos del marxismo y del anarcosindicalismo; lo malo fue su Estatismo económico y su política exterior basada en el Imperialismo, rasgos ambos en los que nuestros enemigos: izquierdistas, mencheviques, neoconservadores, cons. oficiales, etc. están mucho más cerca del fascismo que nosotros, los paleos. Por lo tanto, la próxima vez que algún izquierdista o menchevique te silbe «¡fascista!», estarás plenamente justificado para devolver el siseo, y por partida doble.

Avancemos hasta el presente y ahora tenemos una *Alleanza Nazionale* más o menos purgada de políticas corporativas de Estado. Sin embargo, Alianza Nacional, sigue siendo considerablemente más estatista que sus dos aliados; desea aferrarse a una parte de la industria estatal y no privatizarla, insiste en aferrarse al imperialismo y a la burocracia central romana sobre las regiones nacionales; y, de manera idiota, todavía quiere volver a la gloria imperial romana reconquistando las partes de Eslovenia y Croacia que Italia consiguió arrebatarse como resultado de la Primera Guerra Mundial, y a las que tuvo que renunciar después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no creo que nadie deba preocuparse seriamente por una «amenaza» italiana a Eslovenia y Croacia, un peligro tan claro y presente como el llamamiento de Zhirinovsky a recuperar Alaska. Por otro lado, por supuesto, la Alianza Nacional tiene como política estrella a la bella Alessandra Mussolini, nieta de *Il Duce*. Alessandra, sobrina de la ilustre Sophia Loren y una versión más joven de su tía, es el tipo de «feminista» del paleo, y casi lo mejor de Alianza Nacional.

Tensiones en la Alianza

Una coalición de tres fuerzas de la derecha dura tan aguerridas y dispares está destinada a sufrir tensiones y conflictos internos, y los líderes de la alianza se denunciaron mutuamente durante toda la campaña y casi no consiguieron formar un Gabinete. El mayor choque es entre el separatismo regional de la Liga Norte y la devoción

de la Alianza Nacional por el Estado romano centralizado. Por lo demás, muchas de las discusiones y debates en el seno de la alianza parecen una versión más hostil de las discusiones en el seno del *John Randolph Club*. Así: Berlusconi y la Forza Italia de Martino quieren privatizar las industrias y operaciones del Estado; mientras que a la Liga Norte le preocupa una «privatización» formal que, como en Rusia y Europa del Este, vaya a parar a manos de la vieja clase directiva corrupta del Estado. A los miembros de la Liga también les preocupa que la privatización caiga en manos de japoneses y otras multinacionales; por ello, la Liga prefiere hablar de «localización» y no sólo de privatización de las funciones del Estado. Menos grave es la desertión de la dirección de Forza Italia de la joven y heroica ex jueza Tiziana Parenti, que ayudó a perseguir la corrupción y dimitió del antiguo gobierno en protesta porque archivaron sus investigaciones sobre las corruptelas del «ex» partido comunista. La Parenti, que estaba destinada a ser ministra de Justicia en un gabinete de Berlusconi, ha denunciado la «dictadura personal» de Berlusconi sobre el partido. (¿Qué esperaba?)

Pero todo esto son dolores crecientes y tensiones creativas dentro de un movimiento repentinamente floreciente. Un punto importante: Umberto Bossi le ha dado a Berlusconi seis meses para transformar la constitución de Italia de un Estado centralizado a uno genuinamente federalista. Todos podemos esperar que lo consiga.

Otra Europa

Hay otra fuerza esperanzadora que está surgiendo en Europa, y que encaja bien con el ascenso de *Forza Italia*. Durante décadas, uno de los desarrollos siniestros en Europa ha sido el florecimiento de una euroburocracia regional de gestores y administradores europeos, de un Estado europeo que no rendirá cuentas a nadie, ni a los contribuyentes, ni a las naciones, ni a los votantes. Esta monstruosidad ha crecido como la espuma, añadiendo capa tras capa de regulación económica de la Comunidad Europea, de regulaciones monetarias de *Maastricht*, todo ello diseñado para marchar hacia el objetivo de un euro-gobierno supranacional, para sumergir todas las maravillosas nacionalidades particulares de Europa en una

monstruosa, desnaturalizada, estatista y cartelizada «Europa Única», dominada por un gobierno tiránico, multicultural y multiétnico, que emita un solo papel moneda. Este horrendo euro-ideal es, por supuesto, precisamente el ideal de nuestros liberales de izquierda del Nuevo Orden Mundial, de los mencheviques neoconservadores y de las multinacionales de Rockefeller: es decir, un super-gobierno mundial construido sobre tales euro-gobiernos regionales como sus bloques de construcción. De ahí el entusiasmo con el que el establishment liberal / centrista / neoconservador / oficial de la estafa estadounidense saluda cada paso en el camino hacia el gobierno regional y, finalmente, mundial.

Cada fibra del ser de cada paleo anhela interrumpir, bloquear, aplastar la marcha hacia este Gobierno Mundial. Desgraciadamente, el ala Thatcheriana del nacionalismo de los Tories británicos ha sido sumergida hasta ahora por los liberales o «mojados» del euro. Afortunadamente, por otro lado, las realidades económicas lograron romper la Unión Monetaria Europea antes de que pudiera unirse en una moneda única, o incluso en un conjunto único de tipos de cambio fijos, siendo Gran Bretaña obligada a abandonar la Unión. Pero aún así, la situación no está clara. Hasta ahora, la oposición a la eurocracia ha sido dispersa, confinada a los disidentes de cada nación (como Gran Bretaña y Dinamarca) y no organizada.

Ahora, sin embargo, hay buenas noticias. El formidable multimillonario inglés Sir James Goldsmith, que reside en París, se ha volcado en la organización de un decidido movimiento antieurocracia. El veintidós de abril, la creación de «Sir Jimmy», *L'Autre Europe* (La Otra Europa), se organizó, firmando una Declaración de París en una solemne ceremonia en el *Hotel George V*. El acuerdo de París compromete a sus firmantes a luchar implacablemente por una nueva Europa —o más bien por la Vieja Europa— de Estados soberanos. Al igual que Pat Buchanan y los paleos quieren recuperar América para restaurar la Vieja República, *L'Autre Europe* está decidida a recuperar Europa, a restaurar la Vieja Europa, lo que el general de Gaulle llamó *L'Europe des patries* (La Europa de las patrias). Su *L'Autre Europe* pretende luchar por los escaños en las próximas elecciones al Parlamento Europeo, y cree que puede conseguir treinta escaños a la primera. Recientemente, Goldsmith escribió un best seller arrollador

en francés, *Le Pieu* (La trampa), del que se vendieron cien mil ejemplares. Este libro de doscientas páginas es anti-Maastricht, anti-Gatt, anti-Bruselas, anti-Eurocracia.

Como Sir Jimmy explica su posición: «creo en una Europa construida sobre una base de naciones, y no en unos Estados Unidos de Europa. La historia demuestra que un exceso de centralización del poder siempre desencadena una reacción de fuerzas centrífugas peligrosas. Bélgica, Italia y Yugoslavia, Estados creados artificialmente, están en plena explosión. Un voto a favor de Maastricht es la mejor manera de destruir Europa: el apetito de Bruselas por el poder burocrático es tan voraz que tarde o temprano se convertirá en un boomerang».

Un compañero de Goldsmith en la lista anti Maastricht es el político conservador católico francés Philippe de Villiers. En Alemania, el principal dirigente de *L'Autre Europe* es Manfred Brunner, líder de la *Bund Freier Bürger* (la Liga de los Burgueses Libres).

¿Cómo encaja la nueva Italia en este panorama? Porque se espera que una Italia de Berlusconi abandone el viejo entusiasmo democristiano por *Una Europa*, y se una a las filas de *L'Autre Europe*. Sir Jimmy afirma que «parece que el gobierno italiano [...] será anti Maastricht». En particular, Antonio Martino, el economista *austro-libertario* de Berlusconi, un «euroescéptico» de larga data. Martino fue el único miembro fundador italiano del Grupo de Brujas, una organización creada para contrarrestar a *Una Europa* según las líneas nacionalistas thatcherianas.

Podemos ver, surgiendo de la niebla, de este fermento, una nueva Internacional Nacionalista, una Internacional de Derechas, una Quinta Internacional, una internacional de nacionalidades distintas y soberanas, cada una libre e independiente, cada una en su propia tierra. Contrariamente a las ideas populares, no hay nada de contradictorio en una internacional nacionalista, una auténtica y libre comunidad de naciones soberanas.